

limpia, clara, bien escrita, la mejor existente del obispo de Puebla de los Ángeles.

Es indudable que dada la distancia a que se halla Nueva España, la autora no pudo adentrarse más en su naturaleza para ponderar como era debido, distancias, situaciones, caracteres y para manejar con toda corrección la enredada toponimia mexicana. Son *peccata minuta* las fallas que encontramos en este sentido, que no amenguan el valor del libro, sólido, serio, muestra de una gran capacidad de investigación y de penetración del alma humana.

Ernesto de la TORRE VILLAR
UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas

Juan Antonio ORTEGA Y MEDINA, *La idea colombina del descubrimiento desde México, 1836-1986*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades —Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1987.

En este libro, el doctor Ortega y Medina hace un amplio recorrido para reunir textos mexicanos que han conceptualizado o entendido de diversa manera lo que sucedió aquel 12 de octubre de 1492, cuando tres carabelas al mando de Cristóbal Colón llegaron a una isla habitada, a la que el almirante llamó San Salvador. Los 27 textos que glosa el autor se escalonan —si bien irregularmente—, a lo largo de los 150 años que van del primero, de don Carlos María de Bustamante en 1836, a 1986; y a esos se agrega un comentario a la discusión de 1986 acerca de la manera como debe, puede o no debe conmemorarse el V centenario de aquel suceso.

Cada texto implica juicios diversos de quienes los hicieron acerca del hecho mismo, del personaje Colón, de la España de la época, de los reyes Isabel y Fernando, y de un modo general sobre la presencia de europeos (y en especial de los españoles) en este continente; en su papel de navegantes, conquistadores, pobladores, evangelizadores.

Don Juan Antonio Ortega no se extiende mucho sobre los porqués de esas diversas interpretaciones, aunque sí hace repetidas alusiones al problema. Debemos entender que si no abunda mayormente es por considerar que son nociones suficientemente establecidas de sus posibles lectores. No me parece, sin embargo, totalmente inútil referirme a los fundamentos de ese problema, a

partir principalmente de las ideas de don Edmundo O'Gorman (en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica. La idea del descubrimiento de América y La invención de América*), que de un modo u otro compartimos el doctor Ortega y yo.

Distingamos, primero, entre un simple "acontecer" y un "hecho histórico". El "hecho" es el acontecer *calificado* de alguna manera, es decir, *interpretado*. Vengamos al ejemplo colombino: el desembarco en una isla desconocida el 12 de octubre se convierte en un "hecho histórico" cuando recibe, en ese mismo momento, una interpretación inmediata del propio Colón: "hemos llegado al extremo de Asia". A partir de una primera interpretación se suceden muchas otras. El acontecer no es sino la condición de posibilidad de las interpretaciones. Y la historia no es el acontecer, sino mínimamente: es la reflexión, es decir, la interpretación, la expresión de los hombres (con su época, su circunstancia, su filiación ideológica. . .) acerca de sí mismos en relación con ese acontecer primero. De ahí que la idea de una verdad objetiva en la historia sea ilusoria, puesto que al solo enunciar el acontecer, al solo pensarlo lo estamos calificando.

Pongámonos en el caso extremo, en el mismo acontecimiento colombino. Si quiero mantenerme en la más absoluta objetividad describiría, sin adjetivos, ese desembarco en una isla para ellos desconocida de unos españoles que navegaban en pos del Asia, capitaneados por un genovés: no lo califico ni de llegada al Asia, ni de descubrimiento, ni de invención. . .; no me manifiesto porque ese desembarco haya sido positivo o negativo para los habitantes de la isla y de otras tierras o para los europeos. Es una tarea realmente imposible, pero aun así, el intento de despojar el hecho de toda carga interpretativa es ya una interpretación, es una toma de posición frente a un hecho que —por las razones que sean— trato de considerar neutro e intrascendente.

Don Edmundo O'Gorman ha mostrado cómo a partir de la primera interpretación colombina (llegamos al Asia), que para nosotros, está "equivocada", pero no para Colón, se inicia un proceso interpretativo del hecho, doblemente propiciado por la circunstancia de que esa primera interpretación no es en su totalidad convincente para unos. En el proceso se mezclan acciones e interpretaciones tendientes a validar esa primera calificación del hecho, las cuales culminan con la convicción de que ni San Salvador ni las otras islas ni la tierra firme son Asia, sino para los europeos nuevo mundo.

Concebidas estas tierras por el europeo como otro mundo, es necesario nombrarlas, y se les da el nombre de América porque Ves-

pucio (aunque siguieron siendo Indias) fue quien primero así las entendió. Ya entonces, concebidas y bautizadas, se interpretó, *a posteriori*, aquel desembarco del 12 de octubre como *descubrimiento*. Y como tal por siglos fue tenido. Pero sobre el mismo punto de vista de descubrimiento cabía un sinnúmero de interpretaciones. El libro de Ortega y Medina describe a grandes rasgos la parte mexicana (después de la Independencia) de esas interpretaciones.

Es claro que cada visión sobre el hecho está necesariamente cargada de la personalidad y las necesidades anímicas de quien la hace. Así, nos muestra Ortega que Bustamante, en 1836, prologando el libro del padre Manuel de la Vega, califica el día 12 de octubre de 1492 como "el más infausto que pudiera para América" y que el hecho fue el anuncio de la ruina y total exterminio de los hijos del Continente. . . hasta el 27 de septiembre de 1821. Consecuente con ello pinta a Colón, a Isabel y Fernando y a España toda con los peores colores. No olvidemos que Bustamante había luchado por la Independencia con Morelos, y que la interpretación de la Independencia (no la única, pero sí la de Bustamante) era que nos liberábamos de la esclavitud impuesta desde la conquista. Qué otra podría ser su interpretación.

Se van alternando, en el desfile crítico de Ortega, las interpretaciones negativas (a veces tan feroces como las de Bustamante) y las positivas (a veces sublimadamente apologéticas). Unas y otras implican siempre un juicio sobre la conquista, la dominación española y España y su cultura. Las visiones negativas coinciden con los liberales y las positivas con los conservadores, hasta que bien entrada la época porfiriana (significativamente en el cuarto centenario) se busca una suerte de síntesis muy acorde con los tiempos. Y en la posrevolución, con motivo de la aprobación de la aquella famosa bandera de la Raza, volverían a dividirse los partidos.

Toda interpretación depende desde luego de necesidades anímicas e ideológicas. Creo, sin embargo, que pueden distinguirse dos historias paralelas en el desfile crítico. En una la posición ideológica o la necesidad política están en bruto, en toda su crudeza; se trata entonces de la necesidad de expresar una posición y, para ello, el hecho colombino no es sino un elemental pretexto; se cae entonces en contradicciones y aberraciones históricas monstruosas, que por cierto el doctor Ortega señala con gracia y a veces con saña.

La otra historia paralela es la que yo llamaría académica. También en ésta se da la oposición de interpretaciones. Los historiadores son hombres de carne y hueso y también tienen —más o menos

explícitas— posiciones ideológicas, filias y fobias. Pero en su caso, habida cuenta de todas las diferencias personales, si puede haber contradicciones y deslices éstos son sutiles, y en cambio los datos y los argumentos (así sean para llevar agua a su molino, en última instancia) son ilustradores y enriquecedores.

Las historias paralelas, una política y otra académica del hec.10 colombino, se acercan y casi parece que se tocan a veces, pero se mantienen diferentes. En un caso estamos en el terreno de la necesidad política, en el otro en el de la discusión civilizada. Entre muchas otras cosas ésta es una de las que podemos espigar en el reciente libro de don Juan Antonio Ortega y Medina.

Jorge Alberto MANRIQUE
UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas

Serge GRUZINSKI, *La colonisation de l'imaginaire. Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, xvie-xviii siècle*. Paris, Gallimard, 1988, 376 pp.

En el limitado panorama de la historia de las mentalidades, encontramos un libro importante, que sin abandonar por completo los viejos temas, tratados en ocasiones anteriores por el autor, los supera y trasciende para lograr un estudio serio, lleno de ideas originales y conceptos que contribuyen a mejorar nuestro conocimiento del pasado.

Serge Gruzinski es bien conocido en México por su colaboración durante varios años con el Seminario de Historia de las Mentalidades del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Sus breves ensayos, incluidos en publicaciones colectivas, anunciaban ya una sensibilidad particular para captar las cuestiones esenciales latentes en todo proceso histórico, así como para encontrar en la relectura de los documentos todo aquello que las fuentes pueden darnos, aunque no lo expongan explícitamente. Su libro anterior, *Les Hommes-Dieux du Mexique. Pouvoir indienne et société coloniale, xvie-xviii siècle*,* ha tenido muy escasa difusión en nuestro país; esperamos tener mejor suerte con éste, cuya traducción ya está en proceso.

* Editado en París, Archives Contemporaines, 1985. Actualmente está en trámite la edición castellana con el título *El poder sin límites*.